

## EN OTRO Y ESTE ABRIL DE LUIS ROSALES

### I

Nos dio la mano a todos y también a su mujer, como si acabara de conocerla, igual que a nosotros, en aquel salón de un hotel granadino con nombre árabe. Eramos un grupo de Derecho y Filosofía y de fuera de la Universidad: Antonio y José Jiménez Blanco, Antonio Cabrero, Altozano Moraleda, Javier Campos, Alfonso Albalá, Urbano Jiménez Marfil y yo. Seguro que más. Entre esos más, Gerardo Rosales, que *según queriendo ser Domingo cuando fuera mayor* y oficiaba de coordinante ante su hermano Luis, su hermano, alto y bien asentado en sus plantas, chispeándole remotamente el azul de los ojos tras los cristales gruesos, bien visible en seguida el modo particular de fruncir los labios finísimos.

Era abril en el calendario y en la atmósfera; año primero de la década de los cincuenta. Tenía que ser abril. La comitiva salió hacia la Puerta Real (pronúnciese *puerta ral*), camino de la Alhambra. Nadie había dicho que fuésemos allí; pero en Granada esas y otras cosas no se preguntan. Luis Rosales llevaba sombrero, una especie de mascota, echada un poco hacia atrás. La gente no podía sospecharse que acompañábamos a un poeta recién casado y retornado, después de algún tiempo, a su tierra nativa, tal vez para poner al día su corazón, ahora doble amorosamente.

Creo que fue en la primera cuesta de la Alhambra donde Luis Rosales dejó de ser para mí simplemente el autor de unos cuantos libros muy conocidos para convertirse en una persona a la que se podía preguntar algo.

—¿Y qué se propuso usted con *La casa encendida*?

Es muy posible que se llevara la mano derecha al nudo de la corbata, para después unir los dedos índice y pulgar, antes de contestarme:

—He querido juntar las soledades de varias personas muy queridas, de las personas más queridas para mí, para verlas juntas. Los que no pudieron conocerse en vida, así llegan a conocerse.

Empezado el diálogo, ya era fácil seguirlo.

—¿Y qué proyecta usted hacer ahora?

—Bueno, pues ahora me gustaría escribir un libro al que se podría titular *Un rostro en cada ola...*, un poema largo, con unidad absoluta,

con desarrollo en una noche... A mí me preocupa el problema de la mismidad...

La voz de Luis Rosales parecía necesitada de algún esfuerzo para nacer; se le adivinaban muchas rendijas, con objeto de que las eses no quedasen nunca ahogadas y se deslizaran con suma comodidad por el trampolín de la lengua; era una voz sin prisa, rozada por algunos quiebras y como vacilaciones (acaso algún interlocutor se notase nervioso ante ella); la ayudaban mucho los gestos.

Ante la vista de la explanada del cubo de la Alhambra enmudeció el poeta. Y al volver a hablar se le notó que lo hacía como si entrara en un templo. Por el palacio de Carlos V siguió agranadinándose, renovado su asombro ante el redondel renacentista del patio, de manera que al salir nuevamente hacia los jardines había madurado ponerse a decir:

*Eres de cielo hacia la tarde, tienes  
ya dorada la luz en las pupilas,  
con un poco de nieve atardeciendo  
que sabe que atardece  
y yo querría  
cegar del corazón, cegar de verte...*

Detrás de esos versos enfilaron otros y otros, gustosamente expresados, con las pausas del que los fuera escribiendo. De repente se interrumpió para decirle a Maruja, su mujer:

—Anda, sigue tú.

No daba ella con la memoria.

—Me dijiste que te los sabías todos...

Lo de Rosales era sonreír más de ojos que de boca. La guasa le hacía más directa la mirada y más escondidos aún los labios. Una sonrisa llena de puntos suspensivos.

Allí, en torno a él, había algunos poetas deseando manifestarse. Dos lo hicieron tras el recital de rimas inéditas: Alfonso Albalá, que dijo un soneto, y hubo de repetirlo, y Urbano Jiménez Marfil, que leyó un poema del libro que tenía recién editado. Rosales hizo sus observaciones y declaró su aliento a los que se habían atrevido a levantar una breve y paralela pared junto a la que él alzara de aquí para allá.

—De todo esto de aquí hablo en *El contenido del corazón*...

Con un gesto del brazo abarcó el paisaje. La nerviosidad caliente de Gerardo aparecía y desaparecía por entre los claros de la parla de Luis para contar, por ejemplo, cuando Lorca, en cuclillas y mirando al agua, se le ocurrió una tarde aquello de *al estanque se le ha muerto/hoy una niña de agua*.

Al asomarnos a uno de los miradores, oí que Rosales decía:

—Aquí es donde se comprende bien el *verde que te quiero verde*.

Hondura del verdor; agua paralela al verso rosaliano; bosques con sol al fondo. Todo era como una escenificación de la poesía escuchada, imágenes existentes de un poeta cuya luz tiene nieve. Porque la Granada de Luis Rosales rehúye montes con pitas, escalas estremecidas, insomnios mágicos, para, con la sierra al fondo y el palpito del mar, lo mismo que si un ciego lo oyera, situarse en el Corpus o en los interiores cotidianos del recuerdo. Lorca orientó su poesía hacia el Sudeste; Rosales, hacia un Sur que en las cumbres presume de Norte.

## II

Me sabía bien la dirección. Tomé el Metro. Me di de cara con *Salida Altamirano*. Llegué hasta el número 34.

—Buenos días. ¿Está don Luis Rosales?

—¿Quién le digo que es?

—Dígale que soy uno de los estudiantes que le acompañaron en Granada cuando estuvo allí en viaje de bodas.

A los pocos minutos, por el pasillo, Luis Rosales con la mano extendida para el saludo. No sé si me reconoció o no. Daba igual. Hablamos mucho. Yo llevaba sólo unos días en Madrid. Era noviembre de 1955. Le rogué que me firmase un ejemplar de *La casa encendida*, y escribió, luego de una breve explicación mía, *Al libro robado y encontrado...*

Hay personas cuyo plano no se acaba nunca de ver (todos tenemos trazas invisibles). El plano de Luis Rosales se me grabó en aquella mañana granadina y primaveral. He ido añadiendo algunos detalles, pero lo sustanciadero se me reveló allí.

Le he oído durante más de tres horas hablar de Manuel, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca al profesor norteamericano John Seppard, a José María Souvirón y a mí, como si aquello fuese el ensayo de su discurso de entrada en la Academia (era el movidillo febrero de 1957, con apéndice en el Quinto Toro).

Le he oído quejarse mucho de que no tenía tiempo para concluir *Cervantes o la libertad*; pero presumo que, en el fondo e incluso en la forma, lo que le encanta es poder darle muchas vueltas a todo, practicar una suerte de divagación voluntaria con la intención de retrasar conclusiones.

Si el tiempo es oro, ¿por qué hacerlo correr más de lo que ya corre de por sí? Al tiempo conviene engañarlo en lo posible. Sospecho que

las segundas versiones de los libros de poesía de Luis Rosales —cuatro publicados y uno inédito— son una argucia del poeta para seguir estando temporalmente donde estaba, sólo que con el caldo íntimo mejorado.

—Tengo sesenta años; es decir, estoy en mi tercera adolescencia.

Ha estado siempre seguro de que *hacer las cosas bien/importa más que el hacerlas*, y ese refranillo es uno de sus límites con la aforística machadiana, aunque también él tenga la suya. La oí de sus labios en Salamanca no hace mucho con acento gitano.

Se lleva la mano derecha al nudo de la corbata, en un tic que algo tiene de sacramental o de gesto de cantante que quiere ponerse clara y derecha la voz. Une los dedos índice y pulgar, sitúa la mano a la altura del pecho y habla, habla, habla...

LUIS JIMENEZ MARTOS